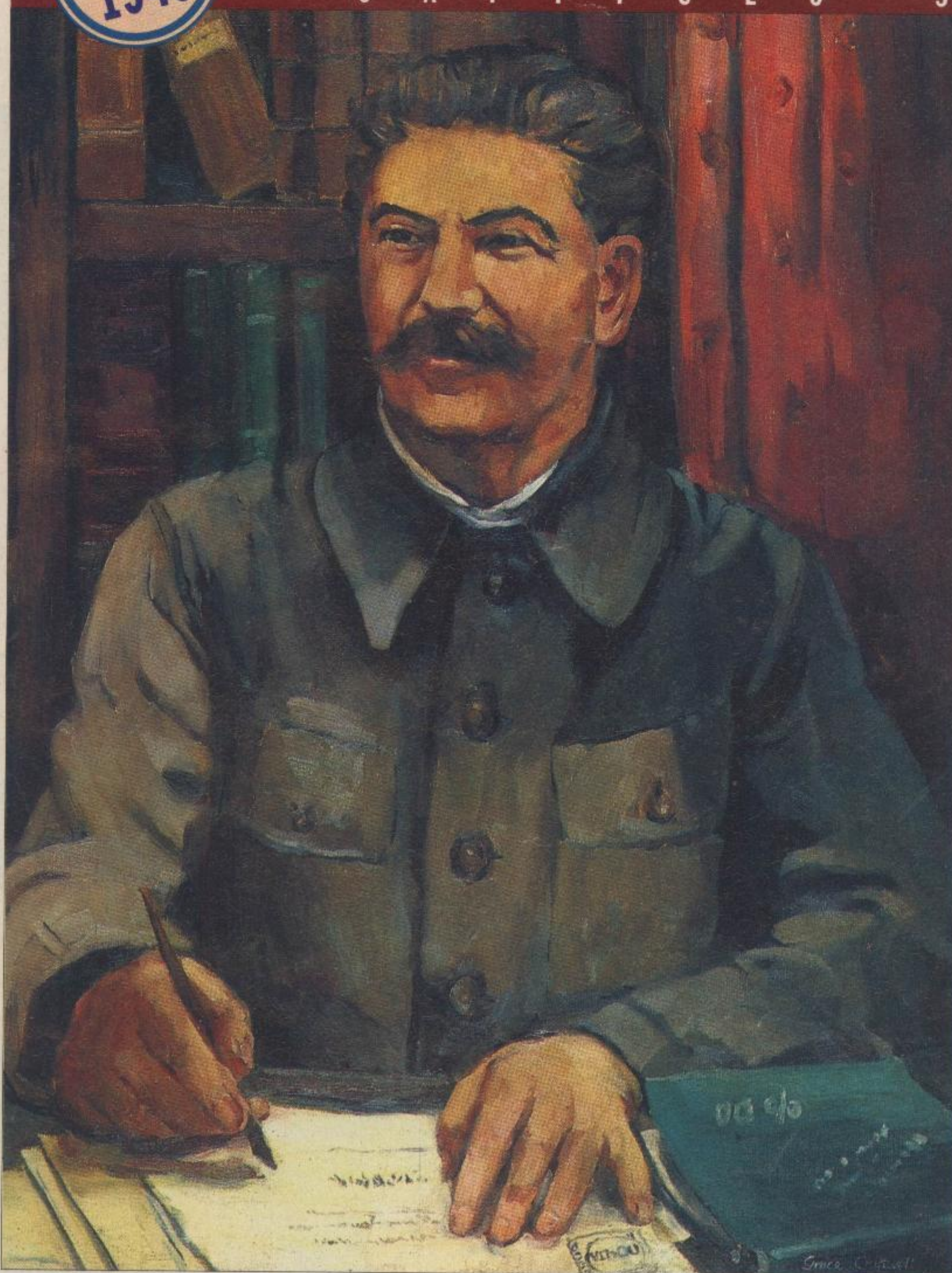


Josef Stalin. Retrato de Grace Cruttwell. Imperial War Museum de Londres.

COLECCIONABLE
Página/12

Durante siglos, Rusia ha estado muy pendiente de lo que se hacía en los territorios alemanes, bien para asimilar lo que aquella cultura producía bien para rechazar alguna invasión. En este capítulo, Elena Sandoica analiza el recuerdo en Rusia de la guerra con la Alemania nazi. Hermann Tertsch reflexiona sobre la realidad histórica de los Balcanes, escenario de frecuentes guerras que han influido en toda Europa.

EL MUNDO ESLAVO. LA URSS Y LOS BALCANES



MIJAÍL SAVITSKY / GALERÍA TETRIAKOV

LA GUERRA CONTRA EL NAZISMO FUE EN RUSIA UN MOVIMIENTO DE ÁMBITO NACIONAL QUE TRAJO NUEVOS

LA GRAN

HÉROES Y RESCATÓ OTROS DEL PASADO, AUNQUE EN ESTOS 50 AÑOS LOS SUCESIVOS GOBERNANTES HAN IDO CONSTRUYENDO, SEGÚN

GUERRA PATRIA

LOS VIENTOS POLÍTICOS DOMINANTES, DISTINTAS TESIS OFICIALES

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA

En junio de 1941, los alemanes atacaban por sorpresa a la Unión Soviética. Más de 150 divisiones de la Wehrmacht aniquilaron más de la mitad de las 170 divisiones del Ejército Rojo.

Hitler creyó que aplastaría con facilidad a su enemigo. La Operación Barbarroja pretendía víveres para el ejército y la población civil, el petróleo del Cáucaso y ciertas industrias. Los contendientes midieron mal sus respectivas fuerzas. Ni Stalin se dio cuenta de que, por una ironía del destino, sus recientes anexiones bálticas (donde había situado tropas, derrotadas fulminantemente) eran ya su mayor debilidad, ni Hitler sospechaba hasta qué punto era eficaz la tremenda maquinaria de Estado puesta en marcha por los bolcheviques.

Leningrado quedó sitiado entre el 9 de septiembre de 1941 y el 19 de enero de 1943. Un ferrocarril sobre los hielos del Ladoga, las incursiones de los partisanos y la *Séptima sinfonía* de Shostakóvich, estrenada en 1942, fueron su único contacto con el exterior. Stalingrado, al sur, mostró también heroica resistencia entre septiembre de 1942 y finales de enero del 1943. Entre sus ruinas quedaron atrapados 300.000 soldados del VI Ejército alemán. Murió la mitad, y Von Paulus —que siempre deseó capitular antes de que el desastre fuera absoluto— tuvo finalmente que rendirse.

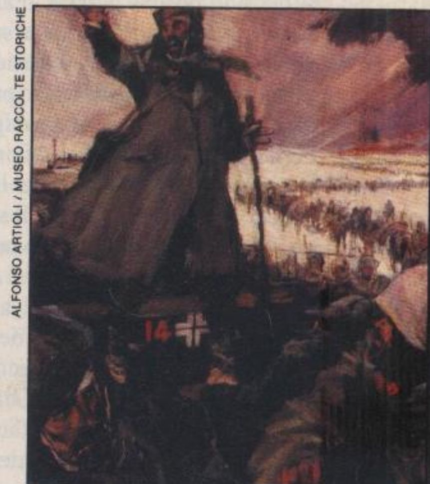
Limitándose a destruir las fábricas de Stalingrado, Hitler hubiera acertado. Pero lo que sería la *tumba* del fascismo se convirtió en un reto, en una decisiva apuesta. Desde el verano de 1943, los soviéticos recuperaron la ofensiva: ataques por sorpresa de un frente a otro irían liberando Kiev, Jarkov, Smolensko. A finales de año, los alemanes habían retrocedido 500 kilómetros. Después vendrían Ucrania y Leningrado, Bielorrusia y Polonia, Odesa y Sebastopol. En noviembre de 1944, las tropas rusas se aprestaban a ocupar Alemania; en enero cruzaban el Oder y el 30 de abril de 1945 entraban en Berlín.

La Madona roja

El arte de Rafael y el realismo socialista inspiraron la composición de esta campesina ucrania que amamanta a su hijo en un descanso de las labores del campo. Soldados italianos (derecha).

La resistencia soviética en la Segunda Guerra Mundial asombró al mundo; fue el emblema moral de victoria. Los aliados, beneficiarios del imponente esfuerzo de todo un pueblo en guerra, dejaron, sin embargo, que se desangrara, posponiendo la apertura del segundo frente en las costas de Normandía. La ciudad de Stalingrado resistía: símbolo esperanzado de la lucha, indicio claro, al fin y al cabo, de que Alemania era vulnerable.

Lo cierto es que, de entre todos los hechos claves de la historia rusa de 1917 acá, el único que ha conservado su carácter positivo ha resultado ser la así llamada Gran Guerra Patria (Velikaia Otechestvennaia Voina) contra la Alemania nazi. Ni siquiera la Revolución de Octubre mantuvo un lugar tan esencial en la psique colectiva soviética (cosa distinta es, empero, la historiografía oficial). La Gran Guerra Patria, como la librada en 1812 contra Napoleón, permitiría restablecer los cánones del nacionalismo panruso, aglutinar en torno a una experiencia colectiva las diferencias existentes en una sociedad castigada en modo extremo, y compuesta de grupos étnico-nacionales desigual e incompletamente articulados en el seno de un solo Estado de inmensas proporciones. El gran movimiento nacional que fue la Guerra Patria trajo héroes nuevos, muchos de ellos anónimos, y evocó y rescató los héroes del pasado, encadenándolos, según la tendencia muy rusa a mirar hacia atrás, a no desprenderse del pasado.


ALFONSO ARTIOLI / MUSEO RACCOLTE STORICHE

Los rusos han ido construyendo sobre la guerra diversas tesis oficiales. Los medios de comunicación, por su parte, han ido adelantando unas veces y reforzando otras la doctrina oficial. (Recuérdese la película de E. Klimov *Ven y mira,* sobre la ocupación nazi en Bielorrusia). Desde finales de los años ochenta, especialmente, la obsesión por la recuperación del pasado (así, el grupo Memorial inventariando los crímenes de Stalin ▷

▷ y sus errores en la guerra) ha ejercido una vuelta de tuerca más en la trayectoria histórica del nacionalismo ruso.

Importa destacar entre todas las interpretaciones oficiales aquella primera y fundamental (hoy desmentida por la documentación) según la cual las victorias soviéticas se deberían al genio militar de Stalin. Es ésa la imagen del dictador que difunde el mismo cine de guerra, pero más aún el de la inmediata posguerra, preocupado ante todo por la "orientación psicológica" del espectador. Es el Stalin vivo propio del apogeo del *realismo socialista* ("la representación verídica de la realidad apresada en su dinamismo revolucionario", según su definición clásica), punto central de una iconografía prototípica. La representación visual llegará a hacerse inquietante merced al vivísimo parecido que exhibe Alexei Diki en *La batalla de Stalingrado* (1949), de Vladímir Petrov. Antes, otro ejemplo emblemático del cine, *El momento decisivo* (1945), habrá definido con nítida didáctica las bazas materiales de Stalingrado: el Ejército Rojo, su potencial técnico y humano, su experiencia... Por si quedaba alguna duda, ahí estuvieron todavía *La gran decisión* (1946), de Ermler, o *El juramento* (1946) y *La caída de Berlín* (1949), del georgiano Chiaureli, díptico triunfal frente al que, unos años después, mostró su desagrado Jruschov. De su propio gusto serían, por el contrario, *El 41* (1956) —recreación de la guerra civil con conflicto amoroso— o *La balada del soldado* (1959), película épica y autobiográfica, de Grigori Chujrai.

La guerra contra los nazis, más que la revolución, mantuvo un lugar esencial en la psique colectiva soviética

Los soviéticos aprendieron poco a poco en el cine (por supuesto, también en las reuniones del partido) algo que iban a repetir durante décadas: salvar a Europa entera del fascismo había sido posible gracias al arrojo de su país, a la capacidad de su ejército y, más aún, a la sabiduría y acierto de su líder. El deshielo jruschoviano permitió complicar las lecturas: *Vida y destino*, de Vasili Grossman, presentaba una visión distinta de Stalingrado, verdadera protagonista colectiva de la novela. Pero el KGB secuestró el original en 1961, y sólo se conoció en Occidente. Aquí se hizo valer la sospecha de que el pueblo y el ejército soviéticos triunfaron sobre el enemigo *a pesar de* Stalin y no gracias a él. Quedaban a salvo, con todo, la excelencia y el valor de sus militares, así como la importancia de la guerrilla, ambos protagonistas ya de pleno derecho del recuerdo social organizado. La idea de que la "salvación" de Europa del fascismo se debía a Moscú aún quedaba en pie.

El discurso oficial de la Gran Guerra Patria no hablará de desgarros cainitas o de conflictos civiles (es más, los ocultará engañosamente). Tampoco de igualdad. Hablará, en cambio, de continuidad, de unánime respuesta —coral y dolorida, como en la cantata de Prokófiev sobre *Alexander Nevsky*— a la voz del pasado, a la llamada y a las exigencias de una identidad compartida, que vendría desde la Edad Media al *padrecito* Stalin, pasando triunfalmente por la Rusia de Pedro I. El "caballero de cobre" y su ciudad abierta al golfo de Finlandia, la Petersburg-Petrogrado-Leningrado —que en este final de siglo ha vuelto de nuevo a ser Petersburgo—, serán parte esencial de una memoria incompleta, continua y fusionada. Buena parte del dinero para la reconstrucción irá a parar a ella, a sus palacios y sus canales, a sus museos y a sus pinacotecas. El pintor Guerasimov lo explicó claramente al reabrirse la Tretiakov de Moscú el 17 de mayo de 1945: era como si la guerra hubiese rejuvenecido a los cuadros, cobrando significados





nuevos "después de las grandes pruebas sufridas por el pueblo soviético y las gloriosas victorias que éste ha inscrito en la historia de la humanidad".

Aprovechando circunstancia tan propicia, se reforzará el combate contra las desviaciones. *Alexander Nevsky* (1937), obra integral, música e imagen fundidas en una sola emoción, en una sola idea, resultó excepcional para identificar al pueblo con su secular enemigo. Al fin y al cabo, como el propio Eisenstein dijo anticipándose a la guerra, "los caballeros teutónicos marchaban en filas de a siete, formando un ángulo, y eso se parece mucho a un tanque". Pero nunca rodaría *Resiste, Moscú* ni *La guerra contra los nazis;* y la segunda parte de *Iván el Terrible* —conflicto entre razón y sentimiento, pulso feroz entre la Iglesia y el Estado, discusión shakespeariana sobre el fin y los medios— fue prohibida en 1946, sólo unos meses después de que Eisenstein recibiera el Premio Stalin. Por coquetear con la modernidad tonal sufrieron también castigo y represalia Prokófiev, Shostakóvich y Kachaturián.

De nada le valdría a Serguéi Eisenstein que, en esa segunda parte espectacular de su proyectada trilogía, "los salones del palacio se agrandasen más y más y los techos se hiciesen cada vez más altos". Stalin y sus censores no veían claro que eso demostrara a las masas la potencia creciente del Estado. ¿Por qué inclinarse, entonces, por la innovación?, ¿por qué correr el riesgo? Si antes de la guerra ya se habían trazado los lineamientos propagandísticos de una especie de "Unión Soviética imperial", la guerra servirá para endurecerlos y cristalizarlos. Stalin percibió como una obligación urgente recordar que la Rusia por la que se luchó era soviética, el único Estado socialista del mundo. La operación de reidentificación emocional de los trabajadores vendrá facilitada por el horror reciente de la matanza colectiva, por el cansancio de los sufrimientos y la desesperación. Completará el proceso la militarización de la sociedad civil, algo nada exclusivo del país tras un conflicto de tales dimensiones, pero que iba a adquirir en él una persistencia estructural, un aire acostumbrado. Los héroes de la aviación, los trenes de soldados victoriosos entrando por la estación de Bielorrusia en Moscú, no se desvanecerán, como en otros lugares, con el tiempo: Stalingrado será siempre el emblema, y la *Quinta sinfonía* de Prokófiev recordará en todo momento a los héroes.

La memoria oficial de la victoria englobaba igualmente la mitología de octubre, absorbiéndola, se apropiaba de ella y la encajaba en su naturaleza misma. El Estado soviético, teñido con notas distintivas del *alma rusa* y en velado provecho de la Rusia imperial —de Pushkin y de Pedro I—, se declaraba heredero absoluto e intérprete universal del bolchevismo. El 24 de junio de 1945 tenía lugar el desfile de la victoria en la plaza Roja de Moscú, la plaza bella. Los soldados soviéticos depositaron como ofrenda ante el mausoleo de Lenin banderas de las tropas alemanas vencidas: la humillación suprema de la cruz gamada. En ese gesto, que reflejó la prensa de todo el mundo, se resumían el pasado y el futuro. El presente no podía ser otro que el triunfal aplastamiento del pavoroso emblema. En mayo de cada año, después, se seguiría junto al Kremlin el rito victorioso de la conmemoración, alimentada iterativamente por la salmodia popular que entona las razones de una victoria justa, la única posible.

Durante la guerra, Stalin se ▷

La doma de la bravía

Bien plantada en el suelo con los pies desnudos y el gesto hosco, esta mujer embarazada desafía las órdenes de un tosco oficial nazi condecorado y dispuesto a pegar con una caña.









▷ dio cuenta ya de que quizá se estaba luchando más por Rusia que por el comunismo. No le costó invocar duraderamente a los fantasmas: fueron utilizados héroes y prácticas militares, incluso recursos religiosos. Le faltaban los grandes narradores épicos de entreguerras, en la literatura y en el cine, como Babel y Bulgakov, a quienes él mismo había destruido.

Los desfiles rituales, por tanto, han sido sólo un elemento, entre otros, en el culto oficial de la guerra. Palacios y museos reconstruidos tras los bombardeos reemprenden su tarea de impartir doctrina y enseñanza. Hasta mediados de los años ochenta solía ser frecuente ver en televisión a grupos de veteranos condecorados hablando de Stalingrado ante una audiencia de estudiantes o niños de escuela. La guerra era la piedra de toque, la persistente razón de ser de un régimen que se iba percibiendo agotado. A pesar de la odiosa política de depuración que en la guerra —y aun después de ella— prosiguió Stalin, a pesar de las batallas culturales que terminaron con todo *formalismo* experimental, a pesar del malestar político y social, se quería creer que el sacrificio había valido la pena. A pesar incluso de la misma memoria de los muertos, una memoria cada vez más vaga con el paso de las generaciones.

Durante la guerra, Stalin se dio cuenta ya de que quizá se estaba luchando más por Rusia que por el comunismo

Después de la primavera de 1945, de hecho, había quedado una población diezmada, centenares de ciudades destruidas y de aldeas arruinadas. La agricultura amenazaba ruina. Los koljoses se habían desorganizado por completo. La sequía dificultó la recuperación. La producción quedó, en suma, reducida a un tercio de los índices anteriores a 1941 (que no volverían hasta 1948). Ello no impidió que Stalin considerase sustanciales, en la derrota del fascismo, la industrialización de Siberia, el combinado metalúrgico de Magnitogorsk, la fábrica de tractores de Stalingrado o la hidroeléctrica del Dniéper.

Pero en todas las familias, en todas las casas, existía una herida abierta, un recuerdo vivo, una razón para el dolor, mezclada con la alegría de la victoria. Invocar a los parientes luchadores por la libertad formó, durante 40 años, parte de una retórica muy directa y eficaz, aún no desvanecida del todo. El mismo Gorbachov, al reafirmar en 1991 su lealtad al socialismo, no vaciló en recordar a su padre, que se batió junto al Dniéper y fue herido en Checoslovaquia. Todavía a finales de 1994, al hilo del conflicto de Chechenia, alguien invocó











TANYA KUKRYNIKSY / GALERÍA TETRIAKOV

la memoria de la Guerra Patria. Caídos, confinados, guerrilleros, meros supervivientes, todo el mundo tenía algo que contar y recordar. Las cifras de los muertos (20 millones fue el cómputo oficial válido durante mucho tiempo; Gorbachov habló de 50 millones) son cifras asombrosas, paralizantes.

La contienda dejaba para Stalin, con todo, un balance exterior positivo, que se interiorizó muy fácilmente: se había *salvado* al mundo del fascismo. La Unión Soviética enviaba así a la izquierda occidental un mensaje nítido. Los comunistas de Moscú habían demostrado saber cómo llevar una guerra, y tanto el proletariado como un contingente amplio de intelectuales, en Europa y América, evitaron discutir su tutela. Nadie puso en duda el ejemplo moral de Stalingrado (rentable patronímico para una ciudad transustanciada en símbolo). Las diversas *resistencias,* a partir de 1942, miraron fascinadamente hacia sus casas y calles, donde los defensores se batían cuerpo a cuerpo. Y la guerrilla, el maquis, se contempló en aquel espejo oriental de una manera mítica, identificando la causa antifascista con el triunfo comunista, única ideología, como se dejó ver, capaz de anteponer a cualquier cosa una organización implacable y racionalizadora.

La victoria (y su memoria organizada, su ritualización sistemática) sirvió para legitimar la colectivización y las campañas de industrialización a ultranza, y para ocultar su alto coste humano; vinieron a acallar las sospechas o a disimular el cansancio de sus protagonistas tras la guerra, y llegaron a engañar seriamente a propósito de su verdadera eficacia. ¡Quién iba a negar —dentro o fuera— el acierto económico de un sistema capaz de haber paralizado el avance de la locura hitleriana, del que dependía la salvación del mundo! Sin la colectivización —llegaría a decirse—, los rusos, las demás nacionalidades invadidas, hubieran sucumbido con toda seguridad durante la guerra. Y sin la industrialización, tan costosa en vidas y tan avara en confort, ¿de dónde habrían salido los tanques, el imponente T-34, el "terror blindado"?

Pero esa revalidación de un sistema sin salida, ese refuerzo del estalinismo que acompañaría inseparablemente a la victoria, halló a un partido diezmado por las purgas. Tras la muerte de Stalin se dirían públicamente algunas cosas: por ejemplo, cómo un millón de militares y civiles, prisioneros de guerra de los ale- ▷

Guerrillera heroica

Sin importarle que el verdugo nazi le ponga la soga al cuello, la guerrillera soviética aguarda su ejecución. Dos *reporteros gráficos* toman una foto para escarmiento de los rebeldes.

▷ manes, una vez liberados, habían sido enviados en masa a los campos de concentración de Siberia, cuando no simplemente fusilados por temor a que se hubieran convertido, mientras tanto, en espías a sueldo del nazismo. O cómo el propio Stalin prolongó el genocidio perpetrado por Hitler sobre el pueblo judío, y cómo no se diferenciaban sus métodos de las prácticas criminales del exterminio nazi, eugenesia unas veces, sedicente eutanasia otras. Shostakóvich —una vida a caballo entre el acatamiento al régimen y la rebeldía interior— empezó a poner música en 1948 a unos *Cantos populares judíos* que encontró por azar, como manera de decirse a sí mismo, seguramente, hasta qué punto odiaba el antisemitismo fomentado por el *aparato.* No podría ejecutar esa música en público hasta mucho después, en razón del extremo rigor que pendía sobre la elección temática.

Las manifestaciones de simpatía por los aliados que se produjeron en Moscú tras la victoria se acallaron pronto

A partir de la segunda mitad de los cincuenta fue saliendo a la luz aquello que los distintos pueblos implicados conocieron bien, en su momento, por haberlo padecido día a día: quienes trataron de agarrarse al invasor alemán para que les ayudara a librarse del yugo ruso-soviético (los musketios, los calmucos, los tártaros de Crimea, los chechenos, los alemanes del Volga, los estones, los letones, los lituanos, los propios judíos) iban a ver defraudadas sus esperanzas doblemente. Primero tropezarían con la servidumbre que les impondrían los alemanes. Después vendrían la deportación, el desarraigo o la muerte, en represalia por la sedición o en castigo a un imaginario espionaje. Stalin no dejó de temer la influencia y el contagio ideológico del enemigo, y hasta desconfió de aquellas tropas o de aquellos mandos a los que se debía la victoria en Centroeuropa. ¿Cómo no recordar, entonces, al Bulgakov que escribe: "Los vencidos no han sido los alemanes [se refiere el autor, lógicamente, a la guerra civil y no a la Guerra Patria]. Los vencidos hemos sido nosotros".

Ésta es, a mi modo de ver, trasponiéndola a 1945, la nota distintiva por excelencia: una victoria indiscutible que —de manera patética e implacable— ha de ser vivida con la misma lúgubre expectación que una derrota. Las pocas manifestaciones espontáneas de simpatía por los aliados (*¿fueron por la democracia?)* que se produjeron en Moscú tras el hundimiento final de la Alemania nazi se acallaron pronto. Si una forma de totalitarismo se hundía, otra salía reforzada, revitalizada por la durísima experiencia unificadora de la guerra.

No sé si puede hablarse con certeza de una "memoria colectiva" en cuanto a la experiencia soviética de la Segunda Guerra Mundial (sí desde luego, y eso he venido haciendo hasta aquí, de una "memoria oficial" de la guerra, de una instrumentalización político-simbólica del trauma colectivo). Y no sé si es legítimo hacerlo, no tanto por las acostumbradas diferencias conceptuales entre psicoanalistas e historiadores sobre el significado y el alcance del término "memoria colectiva", sino porque la operación de restablecimiento de la verdad histórica en las nuevas repúblicas producto de la fragmentación de la Unión Soviética no ha hecho más que empezar. Apenas sabemos nada, todavía, a propósito de cómo hubo de organizarse aquella especie de *almacén* colectivo enorme y gris, la memoria pasiva de las experiencias personales de guerra, la adaptación lentísima de esa memoria a las circunstancias del cambio político y social, la estrechísima capacidad de maniobra individual en la organización social del recuerdo y del olvido entre quienes se han considerado a lo largo del siglo, de grado o por la fuerza, soviéticos.

Con todo, 1990 fue el primer año en el que los niños de la escuela 110 de Moscú no pusieron flores en el monumento a la guerra que se encuentra en el patio del edificio, la primera vez que no confraternizaron con un puñado de veteranos como siempre habían hecho. En 1991, se emprendió bajo patrocinio oficial la publicación de una *nueva historia* (la tercera desde la muerte de Stalin) de la Gran Guerra Patria. La anterior correspondió al rebrote neoestalinista de los primeros años setenta y volvió al mismo estilo de mitificación personal que hacía de Stalin el "héroe positivo" por excelencia. Por poner un ejemplo, daba noticia incorrecta de que Bréznev luchó heroicamente en una decisiva batalla. La nueva historia de principios de los noventa, sin embargo, debía responder a preguntas más comprometidas. La primera, cómo fue que los nazis invadieron con tan pasmosa facilidad el territorio soviético. El primer volumen lo editaba Dimitri Volkogonov, general del Ejército soviético y autor después de una desmitificadora biografía de Stalin. La visión de la guerra era ahora mucho más crítica (y recordaba a la literatura del *deshielo):* en contra de lo que siempre se dijo, en contra de lo que se enseñó en la escuela y repitieron los veteranos incansablemente, la guerra se ganó *a pesar de* Stalin, no gracias a él: ni poseía dotes militares en tan alto grado, ni la actuación soviética en la guerra careció de lagunas, de puntos oscuros.

No cuesta mucho extraer de todo ello las más directas y angustiosas implicaciones: ya fueran 20, 27, 30 o más los millones de muertos, todo ese sufrimiento y toda esa pérdida incalculable habían sido, seguramente, en vano. Nada autorizaba ya a pensar que la guerra se tratara de otra cosa sino de la victoria brutal, nada más, de un régimen totalitario sobre otro. Ambos odiosos por igual. El Ejército y las altas instancias del partido reaccionaron. (Recuérdese que todo esto ocurría antes del intento de golpe de Estado del verano de 1991). La sombra prestigiosa de Stalingrado empezaba a desvanecerse, el talismán comenzaba a perder su mágico poder de convocar al silencio. El *Diario Histórico Militar* llegó a acusar a Volkogonov de traidor y anticomunista, y reveló que era partidario de Yeltsin. Las preguntas se agolpaban en torno a esas interpretaciones tan nuevas para la mayoría como alarmantes: Y "si las cosas eran tan horribles, si estaban ya tan mal antes de la guerra, ¿cómo es que triunfamos?, ¿cómo pudo ser?". Volkogonov respondía de manera global, con un nuevo proyecto —mucho menos glorioso—, para la memoria oficial, de impostación socio-histórica que pretendía sobre todo el rechazo de los resabios estalinianos: "Escribir sólo acerca de la victoria de 1945 significa desnaturalizar 1941, los cuatro millones de prisioneros, la retirada hasta el Volga... Es imposible reducir la historia a la política".

El predominio de la línea dura del partido, con la ayuda del Ejército, zanjó entonces el escándalo. Y se decidió apartar al general Volkogonov —después nombrado por el presidente Borís Yeltsin jefe de la comisión presidencial para examinar los archivos del KGB— y rehacer por completo el texto.

¡Qué pena que Shostakóvich no pudiera estrenar, en 1948, sus *Cantos judíos!* Los tres últimos hablan, dulcísimamente, de que todos los sufrimientos vividos hasta entonces por los débiles pertenecían ya, sin ningún género de dudas, al pasado. □

Al frente, ¡march!

Listos para ir al frente que estaba a unos cuantos kilómetros del Kremlin, miles de hombres desfilaron el 7 de noviembre de 1941 sobre la nieve de la plaza Roja. Muy pocos sobrevivieron.



LOS BALCANES HAN SIDO UN MARCO DE CONFLICTOS

LA VÍA

BÉLICOS. SÓLO EN ESTE SIGLO HA HABIDO

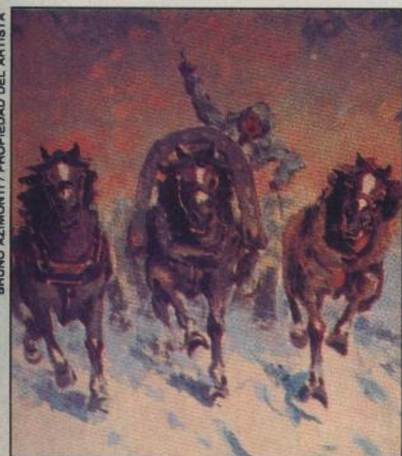
MÁS

CINCO, TODOS ELLOS DE UNA GRAN CRUELDAD Y DE

DURA

CONSECUENCIAS DEVASTADORAS HERMANN TERTSCH

Siempre fueron los Balcanes uno de los escenarios favoritos de las potencias europeas para dirimir diferencias, probar las debilidades del adversario y mover, habitualmente a costa de sangre ajena, las fichas en el tablero de las influencias. Desde la Via Egnatia romana al ferrocarril Berlín-Bagdad, ha sido durante milenios la vía natural de comunicación terrestre entre Oriente Próximo y Europa central. Cuando Hitler invade Polonia, todos los países balcánicos se hallaban en un calamitoso estado en el que se combinaban la crisis económica, la inestabilidad política crónica, tensiones fronterizas y un sinfín de reclamaciones territoriales. Los Balcanes habían vivido ya tres grandes guerras en la primera mitad del siglo, las dos balcánicas y la I Guerra Mundial, todas de increíble crueldad y consecuencias devastadoras.


BRUNO AZIMONTI / PROPIEDAD DEL ARTISTA

Por su valor estratégico, el acceso a las fuentes petrolíferas de Oriente Próximo —y en menor escala de Rumania—, el control del tráfico marítimo entre el mar Negro y el Mediterráneo y su importancia como flanco sur de todos los planes hitlerianos de invasión del *Lebensraum* (espacio vital) para Alemania en el Este, ni el más iluso podía esperar que el área geográfica de los Balcanes, el eslabón más



GELY KORZHEV / MINISTERIO DE CULTURA RUSO

débil en todo sistema de seguridad europeo desde principios del siglo XIX, quedara al margen de una conflagración.

El pacto Ribbentrop-Mólotov había convertido en 1939 en papel mojado todos los acuerdos y garantías de la preguerra para los países balcánicos. Rumania fue la primera víctima del colapso del precario equilibrio. Pierde Besarabia y la Bukovina, que pasan a la URSS, parte de Transilvania a Hungría y la Dobrudsa a Bulgaria. Este revés hunde a la monarquía del rey Carol. El mariscal Antonescu, erigido en dictador, llama a las tropas alemanas. Las italianas ya estaban por entonces en Albania. En 1941, los alemanes entran en Bulgaria sin mayores aspavientos y con la aprobación de las autoridades de Sofía.

Después de años de presiones, chantajes y maniobras diplomáticas con todos y cada uno de los países balcánicos, Hitler decide zanjar estos siempre molestos procedimientos y exige directamente a todos los Estados de la región que suscriban el Pacto Tripartito —entre Alemania, Italia y Japón—, que habría de ser conocido como el Eje. Hungría, Rumania y Bulgaria se unen rápidamente al mismo.

A principios de 1941, Hitler había eliminado todos los obstáculos a una gran expedición militar alemana contra el aliado tradicional del Reino Unido en los Balcanes que era Grecia. Salvo uno, Yugoslavia. Entonces comienza una operación masiva de presión de Berlín sobre Belgrado. El Gobierno de Yugoslavia decide firmar, tras gravísimas tensiones internas, el Pacto Tripartito el 25 de marzo de 1941. Pero, dos días después, fuerzas del Ejército yugoslavo se levantan contra el Gobierno de Cvetkovic. En pocas horas se hacen con el poder y anulan la adhesión de Yugoslavia al pacto. Es comprensible el entusiasmo del primer ministro británico, Churchill, al oír las noticias sobre el éxito de aquel golpe contra un Gobierno cada vez más colaboracionista con su enemigo. En gran parte había sido inspirado desde Londres. También lo es la indignación de Hitler. Personas de su entorno recuerdan aquel día como uno de los peores ataques de ira del *führer*.

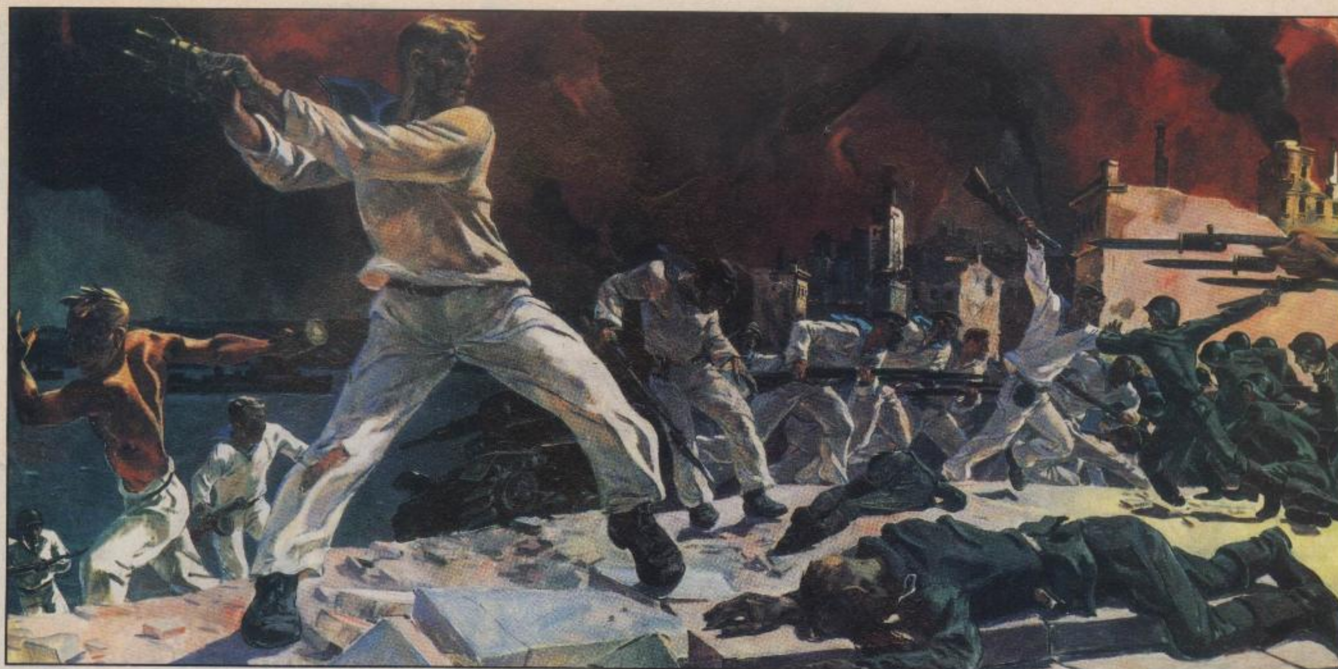
Y apenas una semana después, el 6 de abril, la reacción alemana fue acorde a aquel enfado. Churchill diría después de la guerra que Hitler había utilizado muchas más fuerzas de las necesarias en su operación para el control de los Balcanes. En pocas semanas, y después de duros ataques aéreos contra la capital, los alemanes habían ocupado toda Yugoslavia. Pero son muchos los analistas que consideran que fueron precisamente aquellas semanas de campaña inicialmente no prevista por Hitler las que provocaron un retraso de vital importancia en la ofensiva contra la URSS. Es imposible establecer con certeza si, como aseguraban después de la guerra observadores griegos y yugoslavos, evitaron el colapso total de la URSS. Esta interpretación —interesada, sin duda— otorgaba a yugoslavos y griegos el papel decisivo en la victoria soviética sobre el nazismo.

Con la ocupación alemana de los Balcanes y la ofensiva contra la URSS, comenzó de nuevo el movimiento de fronteras, por lo demás casi constante en la región desde la primera guerra balcánica. La Rumania de Antonescu recuperó Besarabia con el avance de las tropas alemanas hacia el Este. Y Hitler contaba con un instrumento ideal para evitar la resistencia unificada en el Estado que más se había opuesto a su dominio. Prácticamente desde su creación, en las mesas de las conferencias de París, tras la I Guerra Mundial, Yugoslavia había sido incapaz de superar ▷

El otro muro de Berlín

Según se contaba en la prensa de Moscú, los nazis utilizaron a civiles como escudos humanos contra el fuego de las tropas soviéticas. Un alemán agazapado vigila atento con sus prismáticos.





W. F. GEBHARDT / US ARMY CENTER OF MILITARY HISTORY

ALEXANDR DEINEKA / MUSEO RUSO

▷ las divisiones culturales y étnicas de los pueblos que, tras la desmembración de los imperios austro-húngaro y otomano, fueron integrados en esa estructura tan artificiosa.

El conflicto cada vez más grave entre autonomistas croatas y centralistas serbios había minado la fe de muchos en la supervivencia de aquel Estado. Por ello, gran parte de la población del Norte —eslovenos, croatas, húngaros y una considerable minoría alemana— recibió con entusiasmo a las tropas alemanas y la liquidación de hecho de Yugoslavia. En el Sur, parte de la Macedonia yugoslava fue anexionada por Bulgaria. Y en el Norte, Croacia se proclamó independiente bajo la dirección de los ustachas de Ante Pavelic, un fascista croata tutelado por Mussolini desde principios de la década anterior.

Todos los Estados tuvieron sus Quislings colaboracionistas, de mayor o menor importancia, que se vendieron al ocupante a cambio de poder para liquidar a los adversarios como fórmula de evitar mayores daños o convencidos de que toda resistencia era inútil. En los Balcanes, por la fragmentación política, cultural, étnica y aun tribal, la guerra entre invasores y resistentes estuvo solapada —y tuvo en muchos periodos menor intensidad— por guerras civiles y étnicas, en las que los aliados cambiaban y muchos contendientes colaboraban con las fuerzas extranjeras, ya italianas o alemanas, para liquidar a los enemigos, y después fraguaban nuevas alianzas con enemigos más recientes para combatir a los ocupantes.

Los croatas tuvieron un Estado colaboracionista que, bajo Pavelic, protagonizó una gran operación de exterminio de serbios, judíos y gitanos antes incluso de que los alemanes iniciaran la *solución final* del Holocausto en los campos del este de Europa. También la Serbia ocupada tuvo en el general Nedic a su títere, y sus bandas fascistas que participaron en algunas de las más tristemente célebres matanzas como las habidas en Kraljevo o Kragujevac.

Marineros en tierra

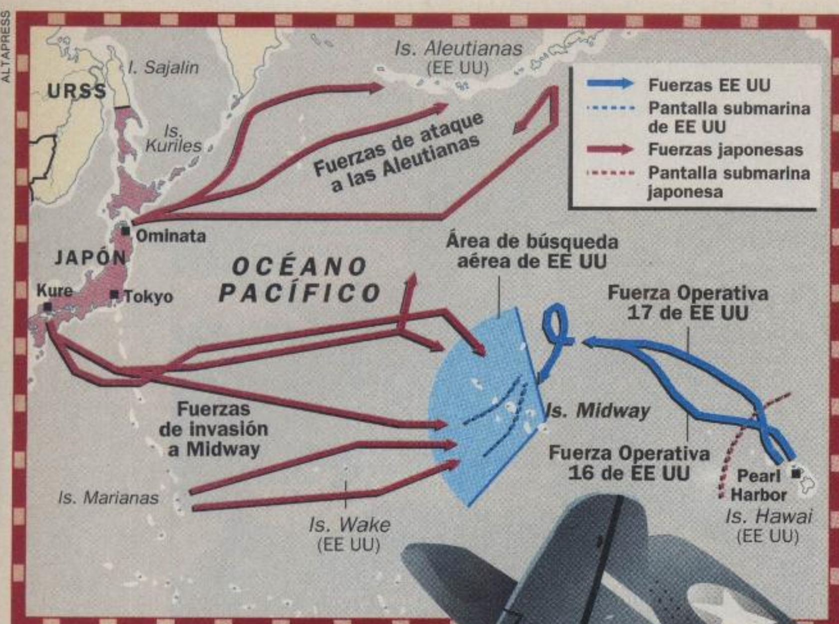
Arriba, un grupo de marinos soviéticos se enfrenta cuerpo a cuerpo en 1942 a los alemanes en Sebastopol. Dos miembros de las SS (izquierda) alcanzan el punto más avanzado y cercano a Moscú.

Las fuerzas realistas serbias que pasaron a la resistencia bajo Draza Mijailovic —los llamados *chetniks*— pronto tuvieron que enfrentarse al mismo dilema que otros grupos resistentes que veían cómo, bajo la ocupación alemana e italiana, quienes iban capitalizando el favor popular cada vez más, según transcurrían los meses y años de guerra, eran los partisanos bajo control comunista. Los partisanos, que hasta que recibieron la orden del Komintern —después del asalto alemán a la URSS— se habían negado a combatir al invasor, pronto fueron la fuerza de choque más efectiva contra el mismo. Disciplinados e ideológicamente armados contra toda rivalidad étnica, fueron recibiendo, según cambiaba la suerte de la guerra, el apoyo de la población descontenta con el régimen de terror de Pavelic en Croacia, de serbios inicialmente identificados con los resistentes monárquicos y miembros de otros pueblos yugoslavos. Bajo el líder comunista Josip Broz *Tito,* los partisanos reprimieron sin escrúpulos los movimientos nacionalistas al tiempo que luchaban cada vez con más poder contra el ocupante.

Al final, Grecia fue el único país que se salvó de pasar de la ocupación y el terror nazi a la dictadura comunista

En 1944, la suerte de la guerra estaba ya echada. Las tropas alemanas retrocedían en todo el frente del Este ante el imparable avance soviético. Rumania y Bulgaria derribaban a sus regímenes colaboradores con el Eje y se unían a los aliados en un intento de evitar la suerte de los perdedores. El Ejército Rojo, sin apenas resistencia, tomaba Belgrado el 20 de octubre.

Los alemanes se batían hacia el Norte. Bulgaria y Rumania tenían nominalmente nuevos Gobiernos provisionales soberanos, pero el control había pasado al Ejército Rojo y al NKVD, así como a los comunistas de la resistencia o de la emigración en Moscú. Las matanzas continuaron durante el último año de guerra. Pronto tendrían su continuación en la represión, primero, de colaboradores con el enemigo; después, de adversarios políticos del poder comunista. Para entonces, Churchill y Stalin ya habían sellado en Moscú la división de los Balcanes en sus dos zonas de influencia, y Washington lo había aceptado. Y, al final, sólo Grecia se salvó de pasar directamente de la ocupación y el terror nazi a la dictadura comunista. □



LA BATALLA NAVAL DE MIDWAY

Alrededor de la pequeñísima isla de Midway, Estados Unidos y Japón libraron este combate en el que las dos flotas no llegaron a verse. No hubo una victoria decisiva, pero los japoneses vieron frenada su expansión por el Pacífico, en tanto los norteamericanos afianzaron sus bases con vistas a recuperar el espacio perdido en 1941.

Cronología de la guerra (1939-1945)

Europa y Mediterráneo

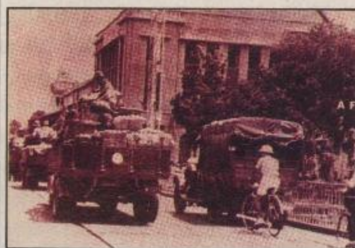
1941

22 de junio: Alemania invade la Unión Soviética, siguiendo el plan de la Operación Barbarroja.
6 de julio: los rusos abandonan Polonia Oriental y los tres Estados bálticos.
16 de julio: Los alemanes toman Smolensko.
11 de agosto: Churchill y Roosevelt firman la Carta del Atlántico.
8 de septiembre: los alemanes sitian Leningrado (hasta el 14 de enero de 1943).
19 de septiembre: los alemanes toman Kiev (Ukrania).
30 de septiembre: las tropas alemanas avanzan sobre Moscú.
16 de octubre: los alemanes toman Odesa y avanzan sobre Crimea.
20 de noviembre: los alemanes ocupan la ciudad de Rostov.
1 de diciembre: Contraataque del Ejército Rojo en Moscú al mando del general Zhukov.
11 de diciembre: Alemania e Italia, miembros del Eje junto a Japón, declaran la guerra a Estados Unidos.

Asia y Pacífico

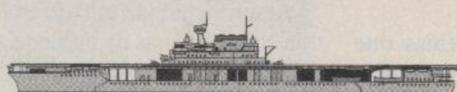
1941

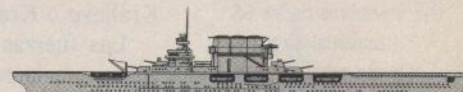
2 de julio: Japón comienza su expansión por la península de Indochina.
17 de octubre: el general Tojo, nuevo primer ministro de Japón.
7 de diciembre: aviones japoneses bombardean por sorpresa la base naval norteamericana de Pearl Harbor (Hawai), así como las Filipinas, Hong Kong y Malaya.
8 de diciembre: Estados Unidos y Gran Bretaña declaran la guerra a Japón.
10 de diciembre: los japoneses toman la isla de Guam (antigua posesión española) y desembarcan en Filipinas.
25 de diciembre: los japoneses toman Hong Kong.






Washington


Enterprise


Lexington



Grumman F4F&FM Wilcat



Douglas SBD&Aç24 Dauntless



Douglas TBD Devastator



A6m2 Zero-Sen



Nakajima B5N Kate

Guerra de portaaviones en el Pacífico

La batalla se inició a las 10,20 horas del 4 de junio de 1942. Los aviones norteamericanos atacaron a la flota de Nagumo con el mar en calma y buena visibilidad.

1. Aviones Dauntless de bombardeo en picado, procedentes del *Enterprise*, se lanzaron sobre los portaaviones japoneses *Akagi* y *Kaga*.

2. Los cazas del *Soryu* repelieron el primer ataque.

3. Bombarderos procedentes del portaaviones *Yorktown* consiguieron, en un segundo ataque, destruir por completo al *Soryu*. Los tres portaaviones japoneses quedaron hundidos.

4. Una segunda oleada de bombarderos impactaron por cuatro veces en el *Kaga*. Quedó envuelto en llamas.

5. El portaaviones *Akagi* recibió dos impactos que alcanzaron los hangares en los que se almacenaban las bombas. Quince minutos después fue abandonado.

Supremacía del Eje

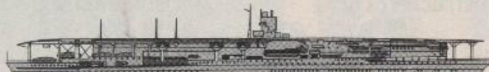
De izquierda a derecha: fuerzas japonesas en la Indochina francesa; el acorazado *California*, hundido en Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941; los japoneses avanzan sobre Manila. Bajo estas líneas, Winston Churchill y Franklin Roosevelt, tras firmar la Carta del Atlántico, a bordo del *Príncipe de Gales*, en Terranova.







Soryu



Akagi



Kaga

Trotski definió a Stalin como una "eminente mediocridad". En su testamento, redactado en 1923, Lenin dijo de él que era "demasiado grosero" y que no estaba seguro de que fuera a usar el poder con "suficiente prudencia". En parte, Trotski y Lenin, los líderes bolcheviques, llevaban razón. Stalin, un georgiano de origen humildísimo, hijo de un zapatero de aldea alcoholizado y de una lavandera, sin más estudios que unos años en el seminario de Tbilisi (Georgia), aunque era lector incansable, de corta estatura (1,65 metros) y rostro rusoasiático marcado por la viruela, era un ser gris y rudo, poco comunicativo, de gustos privados sobrios, un hombre taciturno, reservado, solitario, tenaz, astuto y desconfiado. Stalin hizo de la Unión Soviética un régimen policial y de terror: las víctimas de la represión durante su mandato, que se extendió desde 1924 hasta su muerte, en 1953, pudieron elevarse a unos 22 millones. Pero sus logros fueron igualmente impresionantes: la transformación de la Unión Soviética en un gigante industrial y militar, la victoria en la II Guerra Mundial, la expansión del comunismo por toda la Europa del Este.

STALIN



Simbolizó el triunfo de la concepción nacional-comunista de la revolución

Afiliado al partido bolchevique desde muy joven, arrestado y encarcelado en numerosas ocasiones, miembro de la dirección del partido desde 1912, comisario para las nacionalidades en el primer Gobierno revolucionario (1917-1922), Stalin comprendió pronto que la clave del poder en el régimen creado por Lenin estaba no en el Gobierno, sino en el aparato del partido: lo obtuvo, pues, cuando, en abril de 1922, se le nombró secretario del Comité Central; acertó, además, en formular la tesis que resultaba más coherente con las necesidades de la URSS, "el socialismo en un solo país", pues suponía en la práctica dar prioridad al fortalecimiento económico y militar del país y con ello impulsar la transformación de la sociedad rusa. Eso es lo que hizo Stalin desde 1927. En 1939, la Unión Soviética era ya el tercer país industrial del mundo; la colectivización agraria (que, según Stalin, supuso la liquidación o deportación de unos diez millones de personas) quedó completada para 1941.

El terror fue, desde luego, instrumento esencial en aquella gran revolución nacional-soviética. El régimen comunista hizo, además, un gigantesco esfuerzo propagandístico: los *stajanovistas* se convirtieron en los héroes del trabajo; Lenin y Stalin, en los constructores de la gran patria soviética, los herederos de Iván el Terrible y Pedro el Grande. Los viejos mitos y simbología del nacionalismo ruso fueron actualizados al servicio de la línea oficial del nuevo régimen; cine, arte y literatura fueron forzados a reflejar los valores y la estética de la nueva moral nacional y proletaria.

La dictadura de Stalin no se basó, como la de Hitler, en una megalomanía racista y de dominio. Su proyecto político —la industrialización de la Unión Soviética, la transformación de la sociedad rusa— se legitimaba, por el contrario, en la doble ética de la revolución y del proletariado, lo que le dio el apoyo de los comunistas y de buena parte de la izquierda europea desde 1930 a 1950, con la excepción de algunos, pocos, intelectuales de fondo moral insobornable (George Orwell, Arthur Koestler, André Gide, Albert Camus).

Stalin significó, así, el triunfo de la concepción nacional-comunista de la revolución. Las gestas memorables que el pueblo y los soldados rusos protagonizaron durante la II Guerra Mundial reforzaron esa identificación. Stalin cometió errores trágicos: el pacto de no agresión que en agosto de 1939 firmó con la Alemania nazi dio a ésta luz verde para atacar y conquistar prácticamente toda Europa, y no impidió, contra los cálculos del propio Stalin y de sus asesores, que al final (junio de 1941) Hitler atacara a la propia Unión Soviética. Pero Stalin, recluido en el Kremlin —pues no quiso jamás abandonar Moscú—, llevó a su Ejército y a la Unión Soviética a la victoria: fue un líder firme y determinado, controló todas las decisiones militares, transformó la Unión Soviética en una formidable máquina de guerra y, en sus relaciones con Roosevelt y Churchill, los líderes de los aliados, se reveló como un diplomático habilísimo, que llevó la mejor parte en las conferencias de Teherán (1943) y Yalta (1945), que decidieron el mundo de la posguerra.

Milovan Djilas, el intelectual yugoslavo, escribió en *Conversaciones con Stalin* (1962) que éste sabía que era "una de las figuras más crueles y despóticas" de la historia, pero que esto no le inquietaba lo más mínimo porque también estaba convencido de que "encarnaba la voluntad de la historia". Stalin, la eminente mediocridad de Trotski —asesinado por un agente estalinista en 1940—, fue, desde luego, una de las personalidades decisivas del siglo XX. □

Próximo capítulo: Alemania y Japón. La experiencia de los perdedores